



Comunicación

DIÁLOGOS DE UNA JUVENTUD VIGILADA Y VIGILANTE

Aline Boueri*

Somos cinco. Cada uno tiene su grupo, su tribu, sus proyectos de vida. No somos amigos, parientes o vecinos y nunca nos sentamos juntos en una mesa de bar. Entre la “favela” y el asfalto, somos familiares y extraños los unos con los otros. Nuestras vidas se cruzan diariamente en la periferia de la región metropolitana de Río de Janeiro. Somos jóvenes. Y nos encontramos aquí para hablar de la policía.

Mariana es socióloga, blanca, tiene 37 años y desde hace ocho trabaja con jóvenes en un proyecto social de una “favela” de Río de Janeiro. Cuando llega a la “favela” en la que trabaja se depara con una barrera policial. Mariana no debe nada, pero tiene miedo. Al final, la presencia policial allí puede significar un enfrentamiento más, pero lo que se puede destacar en su opinión es la forma intimidatoria y, al mismo tiempo, insegura de cómo el policía le informa del riesgo que corre su seguridad. “Él me avisó de que no podía pasar, me cuestionó lo que hacía allí, cuando le dije que necesitaba pasar para ir al trabajo, él cedió, pero me comentó “muy bien pero, ¿usted ya sabe, verdad? Y “no pasé”, cuenta.

Yo, Aline, 24 años, periodista, blanca, de clase media, criada en la zona norte y recién llegada a la zona sur, me siento también aprensiva ante la presencia o proximidad policial. A veces segura y otras veces insegura. Y esta sensación tiene muchos “dependes”. ¿Depende de la situación? ¿Del local? ¿De la hora? ¿De mis compañías? ¿De mi apariencia? ¿De mi color? ¿De mi condición social? ¿Del tipo de policía? ¿De “cómo” hace su trabajo? ¿Por qué tenemos sentimientos tan dispares sobre nuestra policía, sobre estos jóvenes de uniformes y distintivos? ¿Por qué podemos sentirnos más seguros cuando vemos, desde fuera y de lejos, un coche de la Policía Militar entrando en la “favela”, mientras que aquellos jóvenes que ven la patrulla, desde dentro y muy cerca, tal vez sienten justamente lo contrario?

Leonardo tiene 20 años, es negro y de origen pobre, como buena parte de los jóvenes policías que patrullan la región metropolitana de Río de Janeiro. Él vive, trabaja y estudia en la misma “favela” en la que trabaja Mariana. Tampoco le debe nada a nadie y también teme a la policía cuando la ve. Casi

* Periodista del Portal Comunidad Segura www.comunidadsegura.org

siempre es lo mismo: saber conducir la desconfianza y la tensión de los controles policiales, procurando responder con educación, levantarse la camisa, enseñar los documentos, explicar todo de nuevo, algunas veces a los mismos policías, quién eres, dónde vives, dónde estudias, dónde trabajas, qué estás haciendo y a dónde vas. Leonardo cree que el “único problema ahora es el Caveirão (coche blindado de la PM de Río de Janeiro usado para hacer incursiones en “favelas”). Producto de las treguas entre los diferentes comandos que disputan los dominios territoriales y determinan la geografía política del local donde vive, Leonardo afirma que hoy en día se siente más seguro en la comunidad a pesar de las incursiones policiales.

No obstante, el joven no se siente injusticiado por el tipo de servicio que le presta la Policía Militar. Incluso cuando conduce su moto con documentación correcta entre su casa y el trabajo y sin motivos aparentes para el abordaje policial, él cree que la forma de actuación policial en la comunidad donde vive es “natural” porque es un local rotulado como “peligroso” por quien está al otro lado, fuera de las “favelas” (la policía y los que viven en el asfalto). Acostumbrado a tener que lidiar con las formas imprevisibles y amenazadoras de vigilancia de los jóvenes del tráfico y de los jóvenes de la policía, acostumbrado a vivir entre los controles y el trabajo, Leonardo parece haber interiorizado el miedo de los habitantes del asfalto con tanta naturalidad que justifica la práctica policial en su comunidad de acuerdo con la imagen externa de que es seguro. Lo interioriza y lo acepta. “Ellos [los policías] no saben si la persona que está pasando es un delincuente o no, no lo lleva escrito en la frente. Forma parte del trabajo policial, abordar, revisar e interrogar. Se contenta con el repertorio negativo de las posibles violaciones policiales, siempre que éste excluya la violencia física. “Lo que no pueden hacer es pegar a nadie”, dice.

Teóricamente, tampoco pueden favorecer a determinados individuos por las relaciones privilegiadas que pueda tener dentro de la corporación. Pero Tiago, soldado de la Policía Militar, blanco, vecino de un barrio popular de Niterói y Mauricio, capitán de la PM, blanco y comandante de un batallón de policías comunitario en una “favela” de la misma ciudad, cuentan que eso ya les pasó a ellos. Tiago, que conducía una moto hace algunos años, dice que tuvo la necesidad de citar algunos nombres de policías militares conocidos cuando fue abordado en un control y, con la documentación del vehículo vencida, consiguió librarse de las sanciones previstas por la ley. Mauricio ni siquiera conocía personalmente al policía que mencionó al ser

parado conduciendo sin carné cuando tenía 16 años. “Dije que conocía a un subteniente que vivía en el barrio y el policía dejó que me fuera. Jugué con la suerte”, cuenta. Y me salió bien.

Pero, buscar tener alguna “consideración” o “facilidad” por parte del policía no le funciona a todo el mundo. Leonardo es un ciudadano común, no tiene dinero, influencia o prestigio para negociar. La última vez que fue abordado por la policía le acusaron de ser un delincuente conocido, insistió en su inocencia y venció por el cansancio y por la verdad a la pareja de policías que lo abordó en las proximidades de su casa. Aunque aparentemente convencidos de que su “conducta fue correcta”, Leonardo cuenta que recibió una especie de indulto. “Ellos me dijeron que iban a darme una oportunidad más y a soltarme. Oportunidad ¿de qué? Yo no soy un delincuente.” Venció por su verdad cansada, ya conocida por todos. Y esta vez, le salió bien.

Habituado a estar bajo “libertad vigilada”, a ser visto como una amenaza para la policía y sentirse amenazado por ésta, Leonardo desconfía de los motivos que lo llevaron a transformarse en sospechoso. “Una vez coincidió que yo entraba en una tienda en el momento que vi a la policía. Ellos debieron pensar que estaba escondiéndome. Cuando salí de la tienda, vinieron y me preguntaron “por qué estaba escondiéndome”, relata.

Mariana pasó por una situación semejante. Caminando por la comunidad donde trabaja, encontró a un policía y entró en un bar, pero no pudo evitar el abordaje. “Ellos van apuntando con el arma y yo no voy a permanecer frente a un fusil en dirección a donde me encuentro. Está claro que aquella arma no estaba apuntándome, pero si se encontrara ante la necesidad de disparar yo estaba allí frente al arma.” Mariana le contó esto mismo al policía que la interpelló. Pero prefiere evitar el encuentro. “Si me dicen que la policía está en la calle y que existe la posibilidad de que ocurra algo, espero y no salgo”, afirma.

¿Por qué es necesario explicar los motivos para entrar en un establecimiento comercial? ¿Por qué es necesario informar los motivos de ir y venir si es un derecho garantizado por ley a todos los ciudadanos, jóvenes o no? ¿Por qué el cuestionamiento desaparece al mencionar a un determinado miembro de la corporación?

Mariana intenta explicarlo: “Creo que cualquier relación humana – y ahí no es la policía, ciudadano, traficante – se establece a través de su mirada

o de su postura, su reacción ante lo que está pasando.” Siguiendo la línea, sería posible decir que las relaciones entre esos jóvenes y la policía están basadas en una lógica de desconfianzas y miedos recíprocos, agravados en función de las circunstancias en las cuales se da el encuentro. Y poco más. Nos quedamos con la impresión de que en estas relaciones sólo hay espacio para temores y cobranzas de deudas. ¿De qué somos deudores? Los jóvenes temen a los policías. Los jóvenes policías temen a la juventud de la que forman parte. ¿El problema será que nos volvemos deudores del miedo al prejuicio? ¿A partir de qué momento nos pasan a ver como “elementos sospechosos”? ¿Desde cuándo nuestra libertad de ir y venir y de expresarnos ha pasado a ser vista como algo “fuera de control”?

Tiago cree que la situación ha cambiado. Para él, hace algunos años – cuando necesitó aprovecharse de los conocidos en la policía para librarse de la aprensión de su moto – había más respeto por la figura de la autoridad vestida con un uniforme. “Cuando veíamos a un policía, intentábamos siempre presentarnos de forma que no levantásemos sospechas. Hoy en día a la gente se le para sin documentación, sin casco y encima protesta”. Pregunta, ¿había realmente más respeto, más dignidad?

Para un joven, el hecho de que lo pare la policía en Río de Janeiro es siempre un acontecimiento que se convierte en motivo de charla de bar. Aunque muchos tienen por lo menos un caso para contar es difícil encarar la situación con naturalidad. Maurício, sin embargo, cree que los policías jóvenes son los que con mayor agresividad encaran su función. De manera coincidente, Tiago considera la franja de edad que va de los 17 a los 24 años como la más propensa a cometer abusos y violaciones, estimulados o no por el uso de drogas. Lanza una pista sobre los peligros de alimentarse solamente de visiones negativas acerca de las formas de expresión y afirmación de nuestras identidades.

En este encuentro de juventudes, el extremo parece ser el punto de convergencia. Mariana encuentra dificultad para determinar las situaciones en las cuales se siente insegura, en dibujar una cara para el peligro. “Sospechoso no es una categoría que me gusta usar, creo que crea un estigma. “Creo que todo está muy contextualizado”, dice. Pero da un ejemplo: “Voy a pasar al lado de un grupo, los niños de la calle están esnifando cola, empujándose el uno al otro. ¡Ah! Voy a pasar por el medio puesto que no soy prejuiciosa. No, voy a cruzar la calle, porque sé que debido a la situación puede pasarme algo.

A Maurício le da miedo andar en autobús. Cree que es posible identificar a un delincuente solamente viéndolo. Vive también la inseguridad anticipada. “No es por la vestimenta, no sé, creo que se denuncia con la mirada”. Tiago cree que la actitud dice mucho. “Hay un grupo de personas muy aisladas que cuando siente la llegada de la policía deja de hablar, surge el silencio”, describe. Según él, en las ocasiones en que lo pararon, el comportamiento del grupo en el que estaba fue ese. Y, a él le parece justo. “Quien no debe no teme”, afirma. Sin embargo, su miedo contradice su afirmación, poniendo en evidencia que incluso quien no debe, tiene motivos de sobra para temer a la policía. Por tanto, parece que no está muy claro para nadie lo que puede o no puede ocurrir durante un abordaje policial en Río de Janeiro.

Maurício no teme al “delincuente” en sí sino a la posibilidad de ser reconocido como policía. Vivimos en una ciudad donde el policía teme al “marginal” y el joven teme al policía aunque esté actuando legalmente.

¿Por qué? Responder a esta cuestión significa buscar, superar traumas y frustraciones, comprendiendo la manera en cómo se dan de hecho esos encuentros fortuitos entre las fuerzas de seguridad pública del estado y los ciudadanos que de ellas dependen para garantizar sus derechos.

Leonardo no siente muchas ganas de ir a la playa. Él vive en Río de Janeiro pero el litoral queda muy lejos de su casa y cuando las diferentes facciones se encuentran en el autobús puede darse algún problema. En una ocasión el problema fue con la policía. “En el autobús unos niños tiraban almendras a los pescadores. A mis amigos y a mí nos culparon de algo que no habíamos hecho”, cuenta.

Era la primera vez que la policía paraba a Leonardo. Él cree que la actuación en la “favela” está relacionada directamente con la corrupción. “Cuando ellos esperan recibir dinero y no se lo dan vienen a por todas disparando al aire, si las personas corren, tiran gases lacrimógenos. Hay momentos en los que los traficantes también responden con tiros y entonces se produce el tiroteo y quien está buscando ocio se encuentra en medio de esa situación. Desaparece un problema y entra otro”, dice.

Durante algún tiempo yo también creí en esa verdad a medias construida a partir de los encuentros fortuitos con algunos policías

aparentemente involucrados en el mundo del crimen. Creí que toda la policía funcionase a partir de la misma lógica del tráfico de drogas: disputando territorios de forma violenta en mi ciudad. Pero ésta es solamente una pequeña parte de la historia y pensar así contribuye muy poco para entender las relaciones de la policía con la juventud y prevenir los posibles desvíos de conducta de los policías. Debo de decir que estoy de acuerdo con Mariana. Dentro de la policía, como en cualquier lugar hay personas buenas y malas. Es verdad que cuando las malas se apoderan de la institución para actuar faltando al respeto y violar nuestros derechos civiles, eso da lugar a un malestar, como si no hubiese a quien recurrir.

Cuando la institución parece que no asume de forma transparente, regular y pública la responsabilidad de castigar los desvíos internos – lo que fatalmente puede ser un equívoco mío, pero hablando de impresiones, los hechos no siempre asumen el papel de protagonistas en la construcción de las versiones- entonces a lo mejor los encuentros fortuitos se vuelven aún más trágicos, pues se dan en un clima de inseguridad y, por lo que oímos a nuestros entrevistados, es una inseguridad de cómo actuar y qué esperar de un policía que genera tensión y, consecuentemente, el rechazo del otro, causa aparente de violaciones y violencias recíprocas.

Pero, así como Leonardo y Mariana, no consigo imaginar un “mundo ideal sin policía.” Desconfío de que en este exacto momento la policía aún ejerce una función importante en la prevención y en el control de la violencia diaria que parece contaminar gran parte de las relaciones humanas en Río de Janeiro. Así como Tiago y Mauricio, creo que antes de temer a la policía, es necesario comprender a aquéllos que están en ella como trabajadores de una institución, como ciudadanos, como individuos en busca de un reconocimiento, respeto y ciudadanía.

Ser joven en Río de Janeiro es estar en la edad más vulnerable a la violencia armada, es estar bajo ambos lados de la ley, es estar más próximo de un control policial violento, de un enfrentamiento armado entre las fuerzas de seguridad y traficantes de drogas. Somos todos Leonardos, Marianas, Tiagos y Maurícios en la “cuerda floja” del enorme placer de vivir nuestras vidas y del gran temor a ser castigados por eso; del frenesí de la juventud y de todo lo que nos impide vivirla plenamente. Nosotros nos encontramos aquí para hablar de la policía, pero hablamos, en realidad, de la juventud.